

mundo muestra nuestras pasiones, nuestras miserias, la vida misma. El escritor nos ayuda a desnudarnos, a cuestionar, a reconocer conflictos, a movernos de un espacio a otro. Por eso la literatura no es una herramienta para cambiar la realidad, pero sí es un valioso instrumento que nos ayuda a vivir. Y en los cuentos “Delirium trémens” y “El cuaderno de Helena”, la recreación del mundo de un alcohólico enamorado y derrotado, y de una mujer que, con mucha sutileza al olvidar un diario, prepara un encuentro amoroso en el que desnuda su propia existencia, encontramos el trabajo detallado de lo verosímil. **U**

Harold Kremer (Colombia)

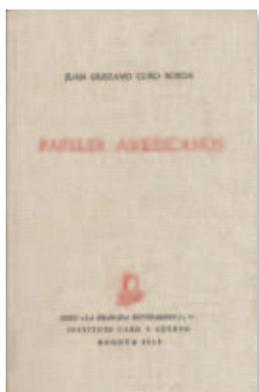
El Franco de siempre



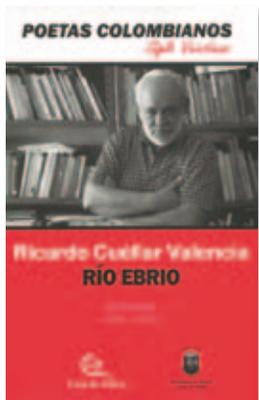
El mundo de afuera
 Jorge Franco
 Alfaguara
 Bogotá, 2014
 312 p.

Aceptémoslo: después del milagro de *Cien años de soledad*, las novelas escritas por colombianos han estado lejos de darle una vuelta de tuerca a la literatura de América Latina, como en su momento lo hizo la obra del ahora legendario hijo del telegrafista. Lo dicho no significa que de 1967 a la fecha todo haya sido quincalla. *Los parientes de Ester*, de Luis Fayad; *Sin remedio*, de Antonio Caballero; *Primero estaba el mar*, de Tomás González; *La virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo, son volúmenes dignos del encomio del público y de la crítica. También, raras avis. El mercado editorial, la abundancia de encuentros literarios, los nada despreciables salarios del orbe académico y la relativa prosperidad del ambiente de la cultura le permiten hoy al novelista dedicarse casi por completo a la escritura. Y sin embargo, los *romans* sobresalientes no exceden en número a los dedos de una mano. El cansancio de nuestra literatura —señalado por García Márquez en 1960— ya no es producto de las penurias financieras de los artífices de la palabra, antes sometidos a los vaivenes del rebusque. Otros males nos asolan. Por ejemplo, poco contribuye a la salud de las letras el festín publicitario de las grandes editoriales

{ Novedades }



Papeles americanos
 Juan Gustavo
 Cobo Borda
 Instituto Caro y Cuervo
 Bogotá, 2015
 173 p.



Río ebrio
 Antología 1991-2013
 Ricardo Cuéllar Valencia
 Caza de Libros Editores
 Ibagué, 2014
 132 p.

que alcanza la hipérbole en la pasarela de Cartagena, cuando las reinas les ceden por unos minutos la bisutería y los reflectores a los escribidores. A lo mejor ahí está una de las raíces de la pobreza narrativa del país: el afán mediático va en contra de la literatura de verdad, aquella que soporta el paso de los calendarios y las modas. Se instaura, en consecuencia, un formato de novela de contenido ideológico *light*, más cercano a los guiones cinematográficos, de fácil consumo para lectores ocasionales. Detengámonos en el caso de un ficcionista en la cúspide de la ola.

¿Es Jorge Franco Ramos un buen novelista? Depende, por supuesto, qué encierra la palabra bueno. Egresado de talleres literarios —el de Manuel Mejía Vallejo y el de la Universidad Central de Bogotá— y con estudios en cinematografía, el antioqueño alcanzó la envidiable y a la par detestada categoría de autor de *Best Sellers*. Algunas de sus novelas han merecido laureles locales y extranjeros; otras, con relativo éxito en taquilla, fueron llevadas a la pantalla grande. Se colige con facilidad: Franco es un escritor bendecido por las musas del marketing y la fama. Pero, ¿sus libros harán parte de la tradición novelística de Colombia o, mejor, de la lengua castellana? ¿En cincuenta años acaso serán leídos? Dejemos de lado la futurología. Hoy, ¿quién lee *Rosario Tijeras*, *Melodrama*, *El mundo de afuera*? Quizá las respuestas a estas y a otras inquietudes brinden luces no solo sobre el destino literario de Franco sino también den pistas de la suerte que les espera a los novelistas nacionales posteriores a García Márquez. Franco es un hombre de oficio, conocedor de los resortes de algunas técnicas narrativas. Lo mismo, sin faltar a la verdad, podría decirse de Santiago Gamboa, Juan Esteban Constaín, Juan Gabriel Vásquez, Ricardo Silva, Héctor Abad Faciolince, en fin. Además, cuenta, como ellos, con el respaldo de la gran prensa.

Miremos a vuelo de pájaro *El mundo de afuera*, ganadora del Premio Alfaguara (2014) y finalista del certamen de la Eafit. Ejemplifica bien el *ars* creativo de Franco, reincidiendo en los asuntos de sus anteriores libros. Allí se narra, en capítulos de mediana extensión, la historia de un clan oculto detrás de los gruesos muros de un castillo levantado en la zona rural de Medellín. Amante de la ópera, don Diego, el padre de la familia, flirteó con el nacionalsocialismo en la Alemania de la posguerra. La madre, Dita, una germana de costumbres liberales, juega un papel marginal en la trama. Isolda, la única hija de la pareja, camina en el límite de la fantasía, asediada por seres de este y del

otro mundo. El elenco de personajes es completado por una variopinta galería de delincuentes, casi ninguno trazado con verosimilitud. El mono Riascos, el cerebro del secuestro de don Diego, vive con versos de Julio Flórez en la punta de la lengua. Twiggy, la felina novia de Riascos, casi es una excusa para la necesaria escena de sexo de la parte final de la novela. Porque, y esa es una característica de la escritura de Franco, todo está dosificado. Hay erotismo, pero no mucho. Acción, sin perder el control. Sueño, no en grandes cantidades. Referencias librescas intercaladas con alusiones a la cultura pop. El lenguaje no es rico ni ramplón. Las idas y vueltas cronológicas de cada escena son diestramente usadas. Franco, al afrontar el delito del secuestro, lo hace de idéntica manera a como lo hizo con el del sicariato: acude a la anécdota vistosa, desprovista de implicaciones que la rebasen. Aquí, el rapto de un excéntrico millonario; en *Rosario Tijeras*, el prontuario de polvos y muertos de una asesina a sueldo. En últimas, *El mundo de afuera*, amén de ratificar la eficacia de ciertas fórmulas —las empleadas una y mil veces por los libretistas— para conquistar a la audiencia, carece de personalidad. Bueno, tal vez se deba buscar en otro sitio, no en el acervo literario. Quizá en cierto tipo de cine. No deja de ser sintomático el comentario de varios miembros del jurado del Alfaguara —si le creemos a las citas de la solapa final—: señalan la influencia de algunas películas en la novela. Resalto el de Nelleke Geel: “¿A qué director de cine no le gustaría convertir esta novela en película?”. Da en el clavo. La prosa y los relatos de Franco se supeditan a las lógicas audiovisuales, no a las literarias. Por eso sus trabajos reciben el guiño cómplice de los productores de televisión y cine.

Sí, se escriben y publican novelas de temas palpitantes de nuestra realidad: el narcotráfico, el paramilitarismo, la insurgencia, la corrupción y un etcétera penoso e indignante. Incluso algunas, como *El mundo de afuera*, funcionan: escalan el top de los más vendidos y reciben galardones. Funcionan, repito, como lo hace un filme de Steven Spielberg. Dejan en el lector la certeza de estar frente a un artesano, no ante un artista. ■

Ángel Castaño Guzmán (Colombia)

En el artículo “Bienales de Arte Coltejer, también una convergencia entre arte y tecnología” del número 319 (imagen 4, p. 112), los créditos correctos de las obras son: abajo (derecha): Mauricio Velásquez; arriba (derecha): Jorge Ocampo.